

## **Camino a la perdición, o cómo Japón provocó una guerra que no podía ganar**

Àlex Ruiz

*Consultor de los Estudios de Economía y Empresa, Universitat Oberta de Catalunya*

Hotta, Eri

### **Japón 1941. El camino a la infamia: Pearl Harbor**

Galaxia Gutenberg, 2015

400 págs.

En 1940, la diferencia material entre Japón y Estados Unidos era manifiesta. El gigante americano registraba una producción industrial que multiplicaba por 74 la nipona. En materias primas críticas para el esfuerzo bélico, los múltiplos eran, como poco, alarmantes: la producción de petróleo era 500 veces superior en Estados Unidos; la de arrabio, doce; la de lingotes de acero y cobre, nueve, y la de aluminio, cinco. La desventaja de recursos no era ignorada por el Gobierno japonés. De hecho, las cifras anteriores estaban contenidas en un informe de 1940 del Consejo de Planificación del Gobierno. Ante esta realidad, ¿cómo puedo aventurarse Japón a una guerra ante un rival tan superior en el ámbito material? Narrar de forma prolija y detallada, pero con firme pulso narrativo, este «cómo» es precisamente el objetivo principal que persigue la

profesora de relaciones internacionales Eri Hotta en *Japón 1941*.

Hotta afronta el reto de profundizar en el proceso que llevó a Japón a una guerra imposible de ganar contra Estados Unidos mediante una revisión cronológica de la secuencia de toma de decisiones gubernamentales niponas en 1941. En este repaso, notablemente pormenorizado, tienen un papel argumental destacado los principales protagonistas, la mayoría de ellos grandes desconocidos para el lector de nuestro país no especializado en historia japonesa. Este enfoque podría plantear dificultades de diferente orden, en especial la falta de contexto para el lector promedio; sin embargo, Hotta se muestra especialmente hábil introduciendo los elementos de contexto necesarios de forma muy natural. Especialmente en su primera mitad, los capítulos combinan la presentación de los protagonistas principales y las disyuntivas que afrontan con el recurso de retroceder en el tiempo, a fin de situar el contexto histórico —en sus vertientes social, económica, política o militar— adecuadamente.

Así, el lector se va familiarizando con la restauración *Meiji*, proceso de modernización que permitió a Japón ser el único país asiático que escapó al dominio colonial directo o indirecto; con las particularidades del sistema político-institucional y su especial dinámica —que conlleva la incapacidad del sistema político para consolidar una estructura liberal y la progresiva basculación de las élites hacia un modelo que

podría denominarse de «autoritarismo consensual», ya que aunque una élite autocrática decidía, el consenso en el seno de este reducido grupo era fundamental—; con la respuesta ideológica antes los efectos desestructuradores de la Gran Depresión, o, finalmente, con la evolución de la política interna y exterior (incluyendo el recurso a las armas) en las décadas precedentes a la Segunda Guerra Mundial. A medida que avanza el libro, lógicamente el peso de esta información de contexto disminuye y el foco se va centrando en el proceso de toma de decisiones propiamente dicho que llevó, en última instancia, al conflicto con Estados Unidos —y a la estrategia de ataque fulminante sin declaración de guerra previa que marcó decisivamente la forma en que Estados Unidos emprendió la guerra y combatió en ella—.

El libro, así planteado, ofrece una excelente revisión de cómo Japón fue eliminando opciones estratégicas alternativas hasta verse abocado a una guerra de pronóstico claramente desfavorable —opinión que incluso compartían una parte importante de los protagonistas del proceso, incluyendo líderes militares que públicamente siempre defendieron la opción de la conflagración con Estados Unidos—, así como del papel que jugaron los diferentes decisores políticos y militares. Hotta escribe con un pulso narrativo ágil, afina mucho en los perfiles, argumenta de forma convincente y maneja un volumen de bibliografía notable sin cargar al lector. El cómo se llega a la

guerra queda, en definitiva, netamente explicado. Y este cómo ofrece muchas posibilidades de aprovechamiento del texto a lectores con vocaciones muy variadas. En particular, el lector de orientación académica interesado en relaciones exteriores, la formación de la política (y de las políticas públicas) y el proceso de toma de decisiones o cuestiones estratégicas —en el sentido de la *Grand Strategy* de Paul Kennedy, es decir, no solo estrictamente militares sino también incluyendo sus instrumentos políticos, sociales y económicos— va a encontrar abundante material informativo con el que concretar un caso de estudio excelentemente adaptado para testar diferentes aproximaciones teóricas dentro de los ámbitos antes mencionados.

En definitiva, un libro más que recomendable al que, en todo caso, solo puede achacarse una relativa debilidad, esto es, la de orillar en exceso el porqué (de la guerra) frente al cómo (se llegó a la conflagración). Si Hotta se hubiese decidido a aportar con mayor decisión su visión no solo del cómo (y los quiénes) de este proceso de lanzarse a una guerra imposible de ganar, sino también del porqué de este camino a la perdición, el libro habría alcanzado cotas de clásico en la materia. Lo más próximo a una explicación causal lo encontramos en el prólogo: «la mejor forma de entender la funesta decisión de ir a la guerra es verla como una gigantesca apuesta nacional. Los factores sociales hacían que para los líderes fuera más difícil resistirse a la apuesta,

pero su decisión final de dar el salto fue consciente. Viendo que los europeos que luchaban contra Hitler habían dejado sus posesiones coloniales relativamente desprotegidas, algunos estrategas belicosos de los órganos de planificación militar impusieron sus propuestas agresivas y convencieron a sus superiores de que cuanto más esperaran, menos recursos les quedarían para la guerra y mejor podría prepararse Estados Unidos para lo que les parecía un choque “inevitable”: la necesidad geopolítica de determinar quién era el líder de la región pacífica-asiática» (p. 45). Adecuada como interpretación inicial, el lector esperaría ir viendo la tesis desarrollada y amparada en la evidencia disponible en las páginas que siguen. Desafortunadamente, esta expectativa no se cumple. A pesar de esta debilidad del texto, los valores del libro siguen siendo ampliamente favorables a recomendar sin reservas su lectura. Es un texto que se disfruta por sí mismo y que motivará numerosas reflexiones a los académicos y practicantes del difícil arte de las relaciones internacionales, al tiempo que seducirá a un amplio espectro de lectores con afán de conocimiento de un hito relativamente desconocido en nuestros lares.

---